

La Asunción de la Virgen

Los supremacistas blancos que se reunieron en Charlottesville Virginia la semana pasada violaron los derechos de libertad de expresión en nuestro país para fomentar odio y violencia. El cardenal Daniel DiNardo, hablando en nombre de La Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, escribió: “Los abominables actos de odio en exhibición en Charlottesville son un ataque a la unidad de nuestra nación y por lo tanto nos hizo el llamado a la oración ferviente y a la acción pacífica. Los obispos están con todos los que son oprimidos por esta ideología del mal”.

En un momento en que la retórica descuidada de los líderes norteamericanos y de los líderes de Corea del Norte aviva el temor a una guerra nuclear, la sospecha se ha apoderado de los ciudadanos pacíficos dentro de nuestras fronteras, como más allá. Los cristianos fieles están especialmente vigilantes para proclamar el mensaje confiado de la justicia de Dios. Nos sentimos llamados a avanzar el mundo hacia una mayor unidad y comprensión, no para derrumbarlo en proliferación de racismo y armas.

Muchos norteamericanos afirman proféticamente que los falsos valores de las noticias poco creíbles no representan nuestra visión moral. Sin embargo, tiempos como estos nos invitan a todos a reflexionar sobre los prejuicios que guardamos en secreto y los métodos que utilizamos para resolver nuestras diferencias. Muchos de nosotros despreciamos a los que están sin hogar, a los enfermos o a los extranjeros. Nosotros resolvemos los desacuerdos mediante el silencio elusivo, las palabras ofensivas, tonos agresivos o golpes. Pagamos por entretenimientos que promueven la violencia y que entrenan nuestros pensamientos de inhumanidad. Muchos de nosotros hemos contribuido para fabricar una sociedad que hace que los extremistas sientan que tienen permiso para poner en peligro la buena voluntad, de hecho que sus actos perversos de violencia racial expresan un mundo de virtud.

La historia fundamental del cristianismo surge de la violencia llena de odio cometido contra Jesús en el Calvario. Murió en la cruz a la vista de su propia madre María. Ella presenció el conflicto entre el bien y el mal.

El Libro del Apocalipsis, visualiza “un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos”, al acecho para devorar al hijo recién nacido de una mujer “vestida del sol, con la luna bajo sus pies”. La visión misteriosa describe la victoria del plan de Dios mediante el triunfo y la protección: “Su hijo fue alcanzado por Dios y su trono. La mujer misma huyó al desierto donde tenía un lugar preparado por Dios”.

Al celebrar hoy la Asunción de María, proclamamos con confianza que Dios reina supremo, muy por encima del trono de cualquier líder terrenal, por encima del coche de cualquier individuo que conduce con odio. Dios también reina supremo sobre nuestros corazones, especialmente cuando abrigamos pensamientos y tomamos decisiones que dañan los lazos de la familia humana. No estamos sin ayuda. En la Asunción de María, Dios la ha llevado a un lugar protegido donde puede interceder por nosotros. Cada vez que rezamos el Ave María, incluimos esta ferviente petición: “Ruega, por nosotros pecadores”. Ella, quien fue testigo de la violencia contra su propio hijo, también fue testigo de su triunfo; ella que a pesar de que observa los pecados de la humanidad, aun así levanta nuestros sueños, y nos guía por caminos de paz.

Tuesday, August 15, 2017